

Lagardère pasó por entre los dragones siguiendo por sus compañeros, y estrechando la mano al alférez le dijo:

—Gracias. Tuvisteis razón al indicarme que el señor preboste era hombre cortés. Desgraciadamente, tiene la manía de ocultarse bajo la silla, y no puedo despedirme. ¡Adiós! Hacedme el favor de ordenar que me devuelvan los caballos.



III

Primeras emboscadas.

Lagardère montó, imitándole Cocardasse, y seguidos á pie por Passepoil dirigieronse á una posada con objeto de adquirir caballos.

Los buenos burgueses, que acababan de levantarse, veíanlos pasar con curiosidad á través de los cristales de los balcones seguidos del populacho, que hacía buen rato circulaba por las calles.

Los dos diestros iban satisfechos por el resultado de la aventura; Lagardère preocupado, tanto por el pensamiento de salir cuanto antes de la ciudad, según se lo aconsejara la mujer del preboste, que parecía muy sensata, como por su escasez de dinero.

Para emprender el viaje á la eternidad no hace falta, y Lagardère no se preocupó de ello;

luego, lo precipitado é imprevisto de su viaje le impidió hasta proporcionarse una ropilla, y no pensó que para ir de París á España es imprescindible llevar la bolsa bien provista. Sabía á qué atenerse por lo que se refería á las escarce-las de sus compañeros, que seguramente no hu-bieran juntado entre los dos tres pistolas. No cabía duda, pues, de lo crítico de su situación.

Gracias á que el caballero no solía apurarse por nada y confiaba siempre en lo que algunos llaman casualidad, y la mayoría llamamos Provi-dencia. Se detuvo, pues, ante una hostería de los barrios bajos, en las inmediaciones de la Bre-cha, hostería cuyas grandes cuadras, situadas en la parte de atrás, hicieronle presumir que hallaría lo que buscaba. Pero si el alférez se había mos-trado con él muy cortés, el hostelero no parecía dispuesto á imitarle.

Cocardasse, ávido de humedecer el gazzate, llamaba ya á la puerta, sobre la cual se leía el título: *La Virgen Negra*.

—¡Voto á bríos! La caverna debe de estar va-cía: de otro modo, este hostelero del demonio no haría aguardar á caballeros como nosotros. ¡Si á la tercera vez que llame no ha salido el bergante á saludarnos, le ensarto con mi espada como si fuera un pavo!

Pero, por más que llamó, nadie acudía á abrir,

En cambio, el populacho se amontonaba en la calle del Burgo; calle que antiguamente había sido la Mayor, y que conducía á una de las prin-cipales puertas de la ciudad. Los comentarios comenzaban á circular en voz baja. No era ad-misible que á aquella hora—más de las ocho ya—ninguno se hubiera despertado y levanta-do en la hostería.

Lagardère tuvo el pensamiento de que Gon-zaga y su cuadrilla estuvieran allí dentro y les prepararan una asechanza. Interrogó á un mu-chacho, y por éste supo que ocho caballeros y dos damas en una carroza estuvieron en aquella hostería, donde les tenían preparados caballos, y que antes de marchar todos hacía ya más de una hora, el jefe visitó al gobernador de la plaza.

No dudó el caballero de la veracidad del re-lato, y se persuadió de que el hostelero, gratifi-cado por Gonzaga, no se hacía el sordo con otro propósito que hacerles perder tiempo. Calculó en consecuencia que era inútil insistir, pues los fugitivos no habrían dejado un solo corcel descansado; y no le sorprendió el caso, pues conocía bastante á su enemigo para estar convencido de que marcaría su paso sembrando el oro para ponerle obstáculos sin cuento.

Mientras tanto el gascón, harto de jurar y

tronar sin resultado, se empeñó en entrar á pesar de todo; y convencido de la solidez de la puerta, comenzó á aporrear una ventana, rompiendo maderas y vidrios hasta abrir un agujero suficiente para darle paso. Penetró por él; se le oyó maldecir y amenazar durante algunos minutos, y abrióse la puerta, apareciendo Cocardasse. Sujetaba por el cuello á un hombre, el hostelero, que se restregaba los ojos como despertado súbitamente en lo mejor de su sueño, y al cual el maestro de armas sacudía como á un ciruelo.

—¡Bergante! ¡Malandrín! ¡Racimo de horca!— aullaba el meridional triunfante.—¡Yo te enseñaré á no abrir inmediatamente la puerta, bellaco, cuando te hacen la honra de visitar tu taberna caballeros como nosotros! ¡Ve en seguida á traer vino del mejor, ó lo pagarán tus costillas!

—¡Excelencias!—gemía el pobre diablo.—¡Tened compasión de mí!

Lagardère le echó la mano al hombro con tal fuerza, que al misero le flaquearon las rodillas, y ordenó:

—¡Caballos! ¡Necesito tres! ¡Ahora mismo!

—¡Señor, Jesús! ¡Os juro, Excelencia, que no tengo ni uno! Todos los que tengo en las cuerdas están cansadísimos. Acaban de llegar de Tours.

—¡Canalla!—exclamó el caballero apretándole

el hombro hasta hacerle gritar.—¡Si mientes, te arranco la lengua!

—¡No miento, Excelencia; digo la verdad! ¿Quiere monseñor verlos?

Lagardère pensó que quizás entre todos hallaría por lo menos uno menos cansado que los dos que llevaban ellos, é iba á seguir al mesonero, cuando un chiquillo se le acercó y le entregó un billete. Lo leyó rápidamente. Decía así:

«En nombre del Cielo, caballero, váyase inmediatamente, sin perder un minuto. Mi marido acaba de ser llamado por el Gobernador. Las puertas se cierran. Sólo la de Guillaume está aún libre. Dentro de cinco minutos será tarde. ¡Huid, huid, y que Dios sea en vuestra ayuda!—*Melania.*»

—¡Tiene razón!—pensó.—Hay peligros que no deben desafiarse cuando se persigue un fin.

Sacóse del dedo una sortija que había adquirido en España, joya de gran precio por el exquisito trabajo del cincelador, y se la entregó al niño, diciéndole:

—¿Conoces á quien te ha enviado?

—¡Ya lo creo! Es la señora del preboste.

—Pues entrégasela, y dile que Lagardère se acordará siempre de ella. Anda—y dirigiéndose á los diestros:—¡Vamos! ¡Andando!—ordenó.— ¡Ya hallaremos caballos más adelante!

—¡Vive Dios! — clamó Cocardasse consternado. — ¡Tengo la garganta seca! ¡No se dirá que entré en una taberna por la ventana para salir por la puerta sin haber bebido una gota! ¡Eh! ¡Bellaco! ¡Vino!...

Al volverse vió un jarro medio lleno, y se lo zampó sin tomar aliento. Luego, limpiándose con el revés de la mano, dijo:

—¡Ahora te sigo, pichón! — Y encarándose con el hostelero: — ¡Tú, bergante, toma! ¡Así pago yo á los bellacos de tu especie!

El hostelero recibió un tremendo cintarazo en los riñones que le hizo encorvarse aullando de dolor, en tanto que los tres hombres se dirigieron apresurada y sucesivamente á las puertas del Chatelet, de Epars y Dionisse, que hallaron cerradas. Entonces recordó Lagardère lo que en su prisa había olvidado: la advertencia de madame Liebault de que sólo la puerta Guillaume estaba abierta. Es la única que subsiste hoy día, y hacia ella se dirigieron á buen andar.

Respiraron. Con efecto, estaba todavía sin cerrar. Apenas se hallaban á cuarenta metros próximamente, cuando de un callejón sin salida surgieron de repente una docena de malandrines, espada en mano, que les cerraron el camino. Capitaneábalos una especie de Hércules llamado Saint-Bonnet.

Los Saint-Bonnet son todavía legendarios en la región chartrense. Los primeros fueron dos hermanos que construyeron unas medianas fortalezas cerca de Blevy, de las cuales salían para asaltar, robar y secuestrar gentes, sometiéndolas á rescate y aterrorizando al país. Uno de ellos fué cogido y ejecutado, exponiéndose su cabeza sobre una de las torrecillas de la Puerta Guillaume, en Chartres. Su raza no se extinguió tan pronto. Durante el período revolucionario hubo Saint-Bonnets en la célebre cuadrilla de Orgeres, que tardaron cuatro meses en juzgar; veintitrés de estos bandidos fueron condenados á muerte, y los treinta y siete restantes á presidio.

El que salía al encuentro de Lagardère era nieto de aquel cuya cabeza se expuso á la vergüenza. Gonzaga tuvo tiempo de verle á su rápido paso por Chartres; y como el lobo y la vulpeja siempre son de una conseja, se entendieron pronto. Quizás no era la primera vez que el Príncipe utilizaba los servicios del bandido. Su misión era asesinar á Lagardère, y para ello había sido pagado. Debía intentarlo en la misma ciudad y en las inmediaciones de aquella puerta, á la cual se llegaba entonces por calles sucias y angostas, tortuosas y llenas de recovecos y de callejoncetes sin salida, muy á propósito para emboscadas.

Gonzaga había explicado su sencillo plan al Gobernador.

—El hombre á quien os intimo que prendáis de parte del Regente, parece que tiene pacto con el Diablo. Se escapará, probablemente, de vuestras manos, como se ha escapado de las del verdugo. Haced cerrar todas las puertas menos una, y armadle allí una emboscada.

Luego se puso de acuerdo con Saint-Bonnet, indicándole el sitio á propósito y haciéndole ver que en caso de ir mal el asunto no tenían más que dar un salto y se hallaban fuera de la ciudad, y, por consiguiente, á salvo.

—¡He ahí unos individuos cuya cara no recuerdo haber visto nunca! ¡Mal pecado! ¡Si son así los guardias de la ciudad de Chartres!...

—¿Cómo serán los bandidos chartrenses?— concluyó humorísticamente Passepoil.

Lagardère los contó:

—Tres para cada uno: los otros tres huirán. ¡Adelante!

Y buscó con la vista al jefe; pero Saint-Bonnet, que tenía aún intacto en el bolsillo el oro de Gonzaga, no quería exponerse, y hallábase parapetado detrás de sus hombres.

Pronto se empeñó la refriega, y oyéronse gritos de agonía y sordos estertores. Tras los cristales de las ventanas aparecían semblantes ate-

rrados. Entre los vecinos señalábanse con el gesto á aquel personaje misterioso, hacía una hora llegado á la ciudad y que la había sobresaltado y trastornado. Pero como los bandidos eran casi todos extranjeros, y odiados por sus robos y atropellos de los pacíficos ciudadanos, éstos no podían menos de soltar tal cual ¡bravo! á cada salteador que caía.

Y el campo de los bandidos clareaba á ojos vistas. En breve quedaron varios cadáveres escalonados á todo lo largo de la calle. ¿Eran todos cadáveres? No podríamos decirlo; pero es lo cierto que todos llevaban en la frente el agujero sangriento, sello fatal que casi todos los diestros conocían, y que llamaban *la estocada de Nevers*.

Uno de los malandrines hubo de conocerlo, pues al fijarse en los cadáveres de sus compañeros dió un grito, volvió grupas y escapó, siguiéndole los demás como bandada de gorriones.

Durante todo el combate una mujer joven y bella permaneció asomada á una ventana, muy cerca de la muralla, y desde allí, con los ojos agrandados por la angustia, no perdió de vista ni un segundo á Lagardère.

Éste, aunque muy atareado haciendo frente á los muchos adversarios que trataban encarniza-

damente de agujerearle el pellejo, no dejó de verla, y hasta de reconocerla y observar en su dedo la sortija que poco antes aprisionaba el del caballero. Al huir los bandidos saludó con su espada ensangrentada á la joven, que con el dedo rígido le señalaba la puerta recomendándole que huyera. Llamó á sus compañeros, y lanzáronse los tres por el pasadizo.

De pronto un grito angustioso le hizo detenerse: volvióse á mirar á la ventana; pero ya no vió á la dama, que acababa de desmayarse.

—¡Adelante!—gritó Lagardère, previendo un peligro.

Pero sus cuerpos chocaron con las macizas y sólidas puertas, que cerraban en aquel mismo instante con rechinar atronador. Una compañía de soldados los rodeaba, y el Gobernador en persona, monsieur Beinet de Floville, seguido del preboste de policía, intimó á Lagardère que le entregase la espada.

El caballero crispó los puños, irguió la frente radiante de valor y de audacia, y exclamó:

—¡Nunca! Leed entre la sangre, señor Gobernador: este acero lleva el nombre de Felipe de Orleans, Regente de Francia, y no la entregaré sino á su dueño ó al Rey.

Con el cuerpo firme sobre sus firmes piernas y la mano izquierda en la cadera tendió hori-

zontalmente la espada á dos pulgadas de las narices del Gobernador.

—¡Leed, caballero, leed!—repetía con rabia.

Era insolente; pero tan soberbio, que monsieur de Floville se inclinó á pesar suyo y no insistió.

—Y os intimo—prosiguió Lagardère—que me hagáis abrir estas puertas y que me devolváis la libertad que sin derecho alguno pretendéis arrebatarme.

El Gobernador era hombre comedido, pero testarudo: cuando creía marchar por el camino que le marcaba su deber, seguía impertérrito, aunque viera que iba á romperse la crisma. Necesitaba nada menos que una Real orden para desistir de sus propósitos. Y tal era su caso entonces. Felipe de Mantua era íntimo amigo, familiar cortesano del Regente, cosa que todo el mundo sabía; y aquel amigo y favorito le había ordenado en nombre de Felipe de Orleans detener á un condenado á muerte que se titulaba el caballero Enrique de Lagardère. Era su deber obedecer contra todos y á pesar de todo.

—Señor mío—respondió,—tendré mucho gusto en obrar según vuestros deseos. Si realmente sois el caballero de Lagardère, os conozco bastante por vuestra fama para no pedir os desde ahora mismo cumplidas excusas por las molestias que he podido causaros. Probadme que lo

sois, y me declararé en el momento vuestro servidor.

—No puedo daros esa prueba, y vos sois el primero que ponéis en duda mi palabra.

—Os repito que no dudaría lo más mínimo si mis informes particulares, podría decir órdenes, no me permitiesen afirmar que no sois el caballero de Lagardère, sino un condenado á muerte fugado, y al cual debo devolver al cadalso.

El caballero dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo, agobiado por los retardos que prevenía.

—¡Oh Gonzaga!—murmuró.—¡Me lo pagarás todo con tu sangre!—Luego irguiéndose contestó al Gobernador:—Hay algo de verdad en lo que decís, caballero. Ayer era un condenado á muerte; no se lo he ocultado al señor preboste. Ayer, con efecto, iba hacia el cadalso, y mi adversario, Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, el mismo que os ha dado esos informes y esas órdenes, creía ya empinarse sobre mi cadáver. Pero del plato á la boca se pierde la sopa, y mientras uno tiene la cabeza sobre los hombros, el derecho á su favor y el honor por guía, aun cuando su razón de ser sea la venganza, puede trastornar al mundo entero. Sí; ayer el caballero de Lagardère caminaba al suplicio. Pero en el camino encontró

á Su Alteza el Regente, y Felipe de Francia le puso en la mano su propia espada, diciéndole: —«¡Podéis herir! ¡Os entrego la cabeza de vuestro adversario!...»

Su voz era vibrante; de sus acerados ojos brotaban rayos.

—Esa cabeza—prosiguió—es la del Príncipe de Gonzaga, de ese canalla á quien el Regente ha condenado y desterrado; de aquel á quien tengo la misión de castigar cuando haya recobrado lo que me arrebató, lo que es mío. Yo también, caballero, he recibido órdenes, y son superiores á las que os han dado á vos.

—Servíos mostrármelas—repuso el Gobernador.—Monseñor de Gonzaga llevaba los pasaportes en regla, firmados por el señor de Argensón. ¿Dónde tenéis los vuestros?

—¡Mis órdenes están aquí!—exclamó Lagardère golpeando sobre su corazón.—¡Y este es mi mejor pasaporte!—añadió, blandiendo su espada.—¡Lagardère puede pasar por doquiera; hasta con las manos atadas, como lo hizo ayer; hasta cuando le cierran las puertas, como vos acabáis de hacerlo! ¡Pluguiese á Dios que en vez de detenerme á mí hubieseis arrestado á aquel á quien obedecéis! ¡No arriesgaríais el peligro de perder el destino que tenéis, y acaso de ser encerrado en la Bastilla!

Monsieur de Floville hizo un gesto de dignidad lastimada.

—Estaba á punto de creerlos; pero os prevengo que es en vano tratar de intimidarme, porque...

—¿Y quién pretende intimidaros? Si quisiera hacerlo, os diría. Dentro de veinticuatro horas, hagáis lo que hagáis, me encerréis donde me encerréis, no estaré en vuestro poder, pese á vuestros guardias, á vuestros carceleros, á vuestras mazmorras y á todos los malandrines pagados para asesinar me.

El Gobernador se sobresaltó; aquello era una suposición que hería su honra.

—¿Bandidos?—interumpió.—¿Bandidos asalariados? No os entiendo, caballero.

—¡Ésos!—dijo Enrique, señalando los cadáveres.—¿Quién me ha azuzado esos perros?

Monsieur de Floville se inclinó sobre aquellos cuerpos y palideció; pero afirmó con dignidad:

—Caballero, os doy mi palabra de que no conozco á esas gentes ni sé quién las ha emboscado contra vos.

—¿Quién? ¡Gonzaga el asesino, Gonzaga el maldecido! ¡Señor Gobernador, hasta su fin, ya próximo, siempre le hallaréis á él en un campo y á mí en el de enfrente!

El digno funcionario no se hallaba bien, y el

preboste, que estaba tras él, temblaba como la hoja del árbol al soplo del viento.

—Venid á mi casa—acabó por decir el primero.—Allí podremos hablar con más tranquilidad. Lanzáis contra un personaje de los más poderosos acusaciones gravísimas que conviene que oiga yo solo mientras no sean probadas.

—Os lo afirmo bajo mi palabra. Esta mañana pudisteis preguntar al mismo Gonzaga si Lagardère faltó nunca á su palabra.

—¡Venid!—repitió el Gobernador.

—Permitidme, por el contrario, que no me oculte para decirlo. Nunca habrá demasiadas personas para oír mis acusaciones, y lo que os digo hoy mañana será público y notorio.

Hizo una seña con su espada, y en breve oficiales y soldados, burgueses y artesanos, nobles y plebeyos formaron círculo en derredor suyo.

—Mantengo mis acusaciones todas; y la primera es un hecho ya juzgado: Felipe de Mantua, Príncipe de Gonzaga, es un asesino.

Oyéronse varias exclamaciones.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Y á quién asesinó?

—Una noche, en los fosos de Caylus, hace veinte años—¡yo lo ví!—asesinó de una estocada por detrás á su mejor amigo, cuya fortuna y cuya mujer codiciaba. Ese amigo, casi un her-

mano, era Felipe de Lorena, Duque de Nevers. ¿No es un asesinato?

Aunque antigua la historia y casi olvidada ya, sobre todo por la gente del pueblo, todos aguzaron los oídos.

Lagardère prosiguió:

—Nevers tenía una hija, que Gonzaga quiso hacer desaparecer también. Yo, Enrique de Lagardère, pude arrancarla de sus garras, y la mantuve á salvo de sus asechanzas en España durante veinte años. Era mi novia, é iba á casarse conmigo antes de que me ejecutasen, si me veía obligado á morir en el cadalso. Pero probé que Gonzaga era quien debía morir en mi lugar, y cuando, ya libre y honrado, volví á buscar á mi prometida, me hallé con que el asesino me la habia robado casi al pie del altar. Todos la habéis visto pasar hace pocas horas. Va camino de España, en la carroza que él y los suyos escoltan, y en tanto que el ladrón se lleva la presa ¡me impedís aquí perseguirle!

Una emoción profunda irradiaba de todo su ser y conquistaba á todos sus oyentes. Lagardère continuó:

—¿Comprendéis ahora, señor Gobernador, por qué no necesito órdenes ni pasaportes, por qué os pido que me hagáis abrir esta puerta? ¿Comprendéis ahora por qué Gonzaga os

ha engañado mintiendo descaradamente, para retardar mi persecución, y por qué ha apostado asesinos mercenarios en mi camino?

Monsieur de Floville se adelantó y le tendió la mano:

—Os creo, caballero. Un hombre de vuestro temple no miente. Os creo y os admiro. Si sólo de mí dependiese, no os retendría un sólo instante; pero mi deber se impone á mis sentimientos. Las cosas de la corte suelen ser misteriosas, prestarse á sorpresas. Sabiendo Su Alteza el Regente que habéis salido de París en tal guisa, sin dinero quizás, sin caballos de relevo, sin pasaporte para atravesar las ciudades que pueden, como ésta, cerrarseos, es seguro que habrá mandado seguiros y que sus emisarios no estén lejos.

—Hipótesis...

—Cierto; pero quiero hacer otra cosa. La marcha forzada y las emociones os han fatigado: necesitáis reparar las fuerzas, y caballos para proseguir el viaje. Venid á mi casa, compartid mi bolsa, elegid los caballos que os convengan en mis caballerizas, y si hasta las dos de la tarde no hemos recibido algún correo del Regente, seréis libre.

Enrique le estrechó la mano.

—Gracias, caballero; acepto, á lo menos en

parte.—Y añadió para sí dando un suspiro:—
¡Y entretanto se pasa el tiempo! ¡Aurora, Aurora!
¿Qué pensarás de mí?

Bajó la cabeza, y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Pero no tuvo lugar de caer al suelo, porque un pañuelo perfumado, guiado por mano femenil, la enjugó dulcemente, y Ambrosio Liebault, estupefacto, lanzó un grito al reconocer á sumujer.

—¡Calle!—dijo sonriendo el Gobernador al preboste.—No me extraña ya que no hayáis podido arrestar al caballero de Lagardère, puesto que tenía auxiliares hasta en vuestra misma casa. Mad. Liebault conspiraba con él contra nosotros.

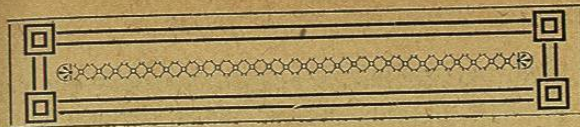
La dama irguió la cabeza con altivez.

—No le conocía—dijo;—pero estaba segura de que era Lagardère. Si sólo de mí hubiese dependido, señor Gobernador, no sería ahora vuestro huésped.

—Para castigaros, señora, os intimo que os cojáis de su brazo y vayamos á almorzar. Le confío á vuestra custodia hasta las dos. ¡No le deis medios de evadirse!

Á pesar de su tristeza, Lagardère no pudo menos de sonreír.

—Tranquilizaos, caballero: os doy mi palabra de no tratar de separarme de mi encantadora carcelera antes de la hora estipulada.



IV

La hostería de «la bella hostelera.»

Iban á dar las dos, y Lagardère, vestido ya convenientemente con finos calzones y una ropilla nueva, se preparaba á marchar.

Cocardasse había saciado cumplidamente su sed atrasada, y hasta hecho una reserva á cuenta de la venidera: su nariz tenía, en la punta sobre todo, un hermoso color rojo, como en los días de agape extraordinario, y tenía mucha menos prisa que su señor. En cuanto á Parsepoil, le pasaba lo mismo por distinta causa: se había hecho asiduo concurrente de la cocina, aunque nada tenía de glotón ni de bebedor, y sentía dejarla... por la cocinera, que no le parecía costal de paja, ni mucho menos.

Sin sus graves preocupaciones, también el caballero se hubiera tenido por dichoso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO